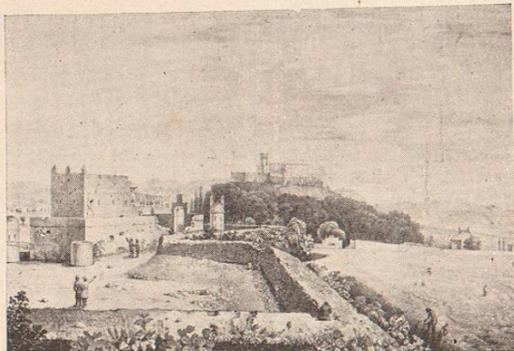


una desastrosa tormenta, y ponían de manifiesto la reanudación de las hostilidades. Tras los preparativos llegó el famoso día 8 de Septiembre. Algunos alardes hechos por el enemigo hacia el Sur de la ciudad, hicieron creer que iba á ser atacada la garita del Niño Perdido: pero á poco oyéronse detonaciones lejanas por el rumbo de Chapultepec y se tuvo la certidumbre de que el punto objetivo del verdadero ataque era el Molino del Rey. En esos momentos escuchábanse en la ciudad los toques de generala por las bandas de los Cuerpos que recorrían las calles, y simultáneamente el pausado y grave sonido de la campana mayor de la Catedral que tocaba á rebato. Entonces la población se entregó á la mayor agitación; los militares, á paso apresurado ó al



CASA MATA DESPUES DE LA BATALLA.

correr de los caballos que montaban, se dirigían á sus puestos designados; los trenes de Artillería rodaban con precipitación y grande estrépito: la gente iba y venía, y con inquietud igual, unos se dirigían á los lugares escarpados del Oeste de la ciudad y otros á ganar las alturas de las casas y de los templos; quiénes corrían con armas, quiénes sin ellas, y el populacho, en pelotones, recorría las calles lanzando ¡vivas! á México y ¡muertas! á los yanquis.

Yo no puedo explicarme cómo tan oportunamente me encontré sobre las bóvedas del templo de Belén de los Padres, pues no recuerdo los antecedentes, mas lo cierto es que allí estuve el lado de dos ó tres frailes mercedarios y de un anciano, y pudiendo disponer, por gracia que se me hacía, de un gran anteojo

convenientemente armado en su tripie, para la observación del terrible drama que se desarrollaba en el Molino del Rey y Casa Mata. El punto en que nos hallábamos era dominante y de horizonte despejado. Alternativamente los que observábamos la batalla mirábamos á la simple vista las grandes humaredas producidas por los continuados disparos de las armas de fuego, ó por medio del anteojo, aunque indecisamente, algunos movimientos de las columnas enemigas, sin dejar de escuchar los repetidos estallidos de la Artillería y el fuego graneado de la fusilería.

Tocóme en suerte el mirar por el anteojo el campo de batalla en los momentos felices en que el General Echegaray con el Tercer Ligero, según supe después, el General León y

el Coronel Balderas con el Batallón de Mina, rechazaban, fuera de parapetos, á una columna yanqui poniéndola en desorden. Pude perfectamente distinguir muchos objetos que, en dispersión, cubrían la loma contigua á Casa Mata y que violentamente se movían con dirección á Tacubaya, permitiéndome la espléndida luz del sol distinguir el color azul de los uniformes.

Entonces lancé un grito que, arrancado del alma, podía traducirse por una exclamación de triunfo. Todos se apresuraron á ver por el anteojo, uno tras otro, y confirmaron mi observación; mas el anciano, que debía poseer conocimientos militares, no se manifestaba del todo satisfecho y exclamaba, impaciente y airado: ¡Qué hacen las caballerías! ¡Qué hace el General Santa-Anna!

Como siempre, el blanco de todos los tiros era el General Santa-Anna.

El episodio que he referido es el que, sin duda, dió motivo para celebrar en México con dianas y repiques un triunfo completo sobre el Ejército enemigo, que desgraciadamente no existió.

Preciosas vidas como la del Coronel Don Gregorio Gelati, del General León, de ameritados oficiales, del coronel del Batallón Mina Don Lucas Balderas y de otros valientes, costó la heroica defensa del Molino del Rey y Casa Mata, contra el ataque tan infructuoso para el Ejército americano, cuyas pérdidas fueron de 9 oficiales muertos, 49 heri-

ñana siguiente el fuego continuó de la misma manera, mas á poco sucedieron á los estridentes sonidos de la Artillería las detonaciones de la fusilería, tan continuadas, que herían nuestros oídos como el redoble simultáneo de muchos tambores. El ilustre Bravo, con un cuerpo de 800 milicianos, ya muy disminuido por las bajas que había sufrido, y con los esforzados alumnos del Colegio Militar, y sin los auxilios que con insistencia demandaba, hizo cuanto pudo por salvar el punto confiado á su valor, y si en tan lastimosos momentos nuestro hermoso pabellón sufrió una desgarradura más, su honor quedó, como en Churubusco y Molino del Rey, muy levantado. En esa defen-



ATAQUE DE CHAPULTEPEC.

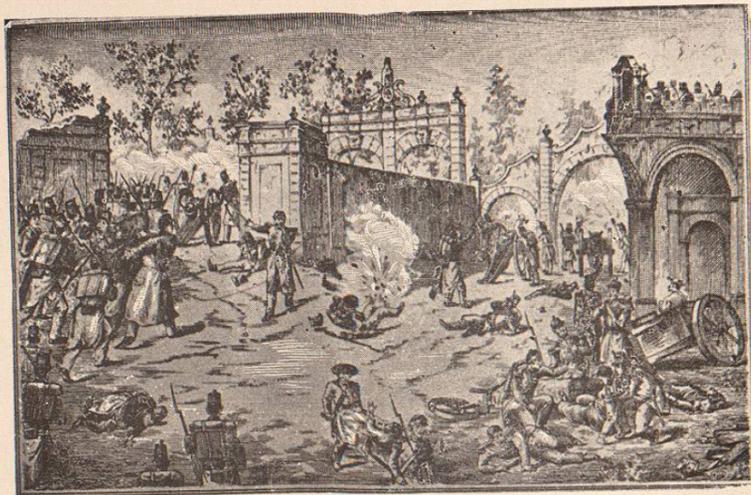
dos y 729 soldados entre muertos, heridos y dispersos. Los defensores que sobrevivieron á la catástrofe se retiraron y se pusieron al abrigo de los fuegos de Chapultepec, y los americanos, abandonando los edificios conquistados que tanta sangre les costó, se replegaron á su cuartel general de Tacubaya.

Con iguales peripecias y rasgos de valor y con idéntica desdicha fué defendido el fuerte de Chapultepec los días 12 y 13 de Septiembre. Al comenzar el primer día, los retumbos de los disparos lejanos de la Artillería anunciaron el terrible bombardeo emprendido por los invasores contra aquella fortaleza, el cual fué sostenido durante catorce horas. A la ma-

sa hubo que lamentar irreparables pérdidas como las de los valerosos General Pérez, Coronel Cano y Comandante Calvo, las de los denodados alumnos del Colegio Militar, casi unos niños, el Capitán Juan de la Barrera y Subtenientes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia y, por último, la del bravo Coronel Santiago Xicotécatl, jefe del esforzado Batallón de San Blas, el único que fué enviado de refuerzo tan inoportunamente, que sólo llegó para pelear en la rampa del cerro, hacer vacilar al enemigo con su empuje y pe-recer. Conmemoran estos hechos los monumentos de Chapultepec y Molino del Rey.

El pueblo mexicano en la prolongada y desigual lucha con el Coloso del Norte fué desgraciado pero hizo cuanto pudo en defensa de su honra. Para llegar ante los muros de la Capital, el invasor hubo de sostener muchos combates que diezmaron sus huestes, en Palo Alto, La Resaca de Guerrero, Monterrey y la Angostura, en Bracitos y El Sacramento de Chihuahua, en Alvarado y San Juan Bautista, en Veracruz y Cerro Gordo, en diversos lugares del Estado de Puebla, en Padierna, Churubusco, Molino del Rey, Casa Mata y Chapultepec. Si tan tenaz resistencia hubiera sido bien dirigida, quizá, la nación norteamericana habría amainado en sus pretensiones ó vistose obli-

su más poderosa artillería. Dispersos en tiradores los rifleros de una y otra columna avanzaban poco á poco, protegidos por los arcos de los acueductos, pero tal era el fuego nutrido que recibían de los defensores, que á medida que ganaban terreno dejaban las calzadas sembradas de cadáveres. Cortas eran las guardaciones para contener por mucho tiempo el doble y formidable empuje del enemigo, en los momentos en que éste se aventuraba á jugar el todo por el todo. Sea por escasez de municiones, según dijo en su descargo el General Terrés por el abandono de la garita de Belém, sea por no ser proporcional el número de defensores con el que presentaba la columna de



ATAQUE DE LA GARITA DE BELEM.

gada á invadir de nuevo nuestro territorio con un ejército más poderoso y con mayores elementos de guerra.

Esquiva la fortuna con los que peleaban por sus libertades con ardiente patriotismo, los entregó á merced del orgulloso vencedor, en la histórica colina de Chapultepec. Sin pérdida de tiempo y temeroso el enemigo, á pesar de sus triunfos, del ardimiento mexicano, organizó dos fuertes columnas de ataque y las lanzó por las calzadas de Chapultepec y La Verónica la tarde del día 13 á fin de apoderarse de las puertas de la Capital. Por la primera de las mencionadas calzadas avanzó la columna dirigida por el General Quitman y por la segunda la del general Worth, sostenidas ambas por

ataque, el hecho fué que la expresada garita quedó á merced del enemigo, hecho por el cual el General Santa-Anna, descargó los ímpetus de su ira contra el General Terrés que se había manejado con valor y visto obligado á replegarse á la Ciudadela. Al abandono de la garita de Belém se siguió el de la garita de San Cosme y á uno y otro el de la Ciudadela, en virtud de la decisión adoptada en un consejo de guerra, que tuvo efecto en este edificio, decisión por la cual, al retirarse el General Santa-Anna con el ejército á la Villa de Guadalupe, dejaba la Capital á merced de las huestes invasoras.

Entonces fué cuando el Ayuntamiento de México, por medio de una comisión, en la madrugada del 14, presentó al General Scott, en

Tacubaya, á la vez que una protesta enérgica proposiciones, mediante las cuales ponía á su disposición la ciudad, pero tan altivas y decorosas que formaban contraste con las que, generalmente, se presentan á todo vencedor.

Después de ocupada la Ciudadela por las fuerzas del General Quitman y la garita de San Cosme por las del general Worth, pusieronse ambas en movimiento, muy de mañana, con dirección al Palacio Nacional. Las primeras, anticipándose á la segundas, salieron por el costado oriental de la Ciudadela y recorrieron las calles de Nuevo México, Rebeldes, San Juan de Letrán, San Francisco y Plateros, y las segundas se dirigieron por las de Alvarado, Mariscalá, San Andrés y Tacuba.

En los primeros momentos todo parecía tranquilo en la ciudad, mas al pasar la columna Quitman frente al callejón de López, oyéronse las primeras detonaciones producidas por armas de fuego y á poco otras por el rumbo de la Alameda, las que advirtieron al enemigo que tenía que habérselas con el pueblo. El General Scott, que había entrado á las 9 de la mañana del día 14 hallábase en el Palacio y al escuchar las detonaciones lejanas, en los momentos en que dictaba la orden del día, recomendando á su ejército un comportamiento prudente, advirtiéndole que la retirada del Ejército mexicano no daba por terminada la lucha sino que la aplazaba, creyó que el alboroto era provocado por algún desafuero de los voluntarios, pero cerciorado de la realidad del hecho, al tener conocimiento de que los mexicanos eran quienes desde las azoteas de las casas y de las calles retiradas hacían fuego sobre los soldados, dió orden á los Generales Quitman y Smith para que ocupasen con buenos tiradores, las torres de los templos y las azoteas de las casas de que estaban en posesión los mexicanos, y colocasen, convenientemente en ciertas avenidas, piezas de artillería, cargadas con granadas y metralla. Tales disposiciones que se llevaron á efecto, en lugar de amedrentar al pueblo, aumentaron su ardimiento, así es que los estallidos de la artillería y las detonaciones de los rifles enemigos se confundían con los disparos de los mosquetes y fusiles de los que defendían sus libertades. Mezclábanse á tan siniestro estruendo, los gritos de los que desafiaban la muerte,

animados unos por su orgullo herido en los momentos de su triunfo y otros por su patriotismo. Aquéllos derribando puertas, á golpes de hacha, penetrando en las casas, para apresar ó matar á sus moradores, y éstos atrayendo á su terreno á los enemigos para darles muerte segura en represalia de los saqueos de las casas mexicanas.

Un cuerpo de la división Worth que se había posesionado del hermoso edificio de la Minería fué hostilizado vigorosamente desde las



HOSPITAL DE SAN ANDRES.

azoteas del Hospital y torres del templo de San Andrés, que existía en el lugar de la calle nuevamente abierta con el nombre de Xico-



TEMPLO DE SAN ANDRES.

téncatl. Los proyectiles de los mexicanos se cruzaban sin cesar con los de los invasores y cuando éstos avanzaban hasta ponerse bajo los muros de dichos edificios, recibían una lluvia

de piedras, macetas y cuantos objetos hallaban á la mano los defensores, quienes eran individuos del cuerpo de guardia nacional Hidalgo, algunos practicantes que, andando el

y de la Alameda, siendo frecuentes los encuentros en la calle, provocados por la odiosa presencia de los traidores contraguerrilleros.

Al fin los invasores se vieron en la necesi-



EL PADRE JARAUTA.

tiempo, fueron médicos distinguidos, el administrador del Hospital Don Vicente García y sus dos sobrinos. De los departamentos del mismo Seminario ocupado por el enemigo se le hostilizaba, así como de otros edificios cercanos

dad de echar abajo las puertas del Hospital para penetrar en su recinto, donde dieron muerte al portero y redujeron á prisión al capellán D. Ignacio Quintanar. Los defensores, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos

pusiéronse en salvo ganando las azoteas de las casas inmediatas.

Alejado de mi hogar me hallaba con mi madre y hermana en una casa de la calle del Cuadrante de Santa Catarina, donde no alcanzaban las granadas que sin cesar llovían por la parte occidental de la ciudad, cuando en la mañana del mencionado día 14, escuché con asombro un gran alboroto en la calle, á la vez que los vecinos de la expresada casa, hombres, mujeres y niños apresuradamente abandonaban sus habitaciones y corrían por los patios dirigiéndose al zaguán, en el que se agruparon movidos por la curiosidad. Yo corrí con todos sin que fueran bastantes los gritos de mi madre, y sacando mi cabeza como pude por entre aquella masa compacta de cuerpos humanos que interceptaban la puerta, ví corriendo en tropel por la calle, con dirección á la esquina de la Amargura, un pelotón de hombres armados y á cuya cabeza iba un fraile, montado en un brioso caballo, con sus hábitos arregados y sosteniendo en sus manos nuestro glorioso pabellón de las tres garantías. El fraile aquél infundía aliento é inspiraba entusiasmo á los gritos de ¡Viva México y mueran los yankees! Así es que los hombres que en el zaguán había, abandonaron éste para unirse al grupo de los patriotas, y yo con ellos. Así llegamos á la esquina de la calle que enfila á las de Santo Domingo, momentos en que se veía de lejos la columna norteamericana que hacía su entrada en la plaza, desembocando por las calles de Tacuba y de Plateros. Una descarga de fusilería, ordenada por el fraile, fué contestada por los yankees, á la vez que por otros puntos lejanos se escuchaban las detonaciones de las armas de fuego, pues eran los momentos de una conflagración general en la ciudad. A poco grupos de lanceros desprendidos del ejército que había emprendido su retirada por Guadalupe, se dirigían esquivando calles, hacia otros lugares desde los cuales pudieran causar mayores daños. El grupo de patriotas siguió combatiendo y yo hube de retirarme arrastrado por mi madre, á la que había puesto, por mi imprudencia, en la mayor congoja.

El padre, con los suyos, abandonó aquel punto para elegir otros más convenientes para su intento.

Aquel fraile era Don Celedonio Domeco de Jarauta.

La fuerza americana que ocupó la capital de la República, constaba de 14,000 hombres distribuidos en cuatro divisiones.

La primera al mando del General graduado Worth y compuestas de dos brigadas á las órdenes de los coroneles Garland y Clarke.

La segunda al del General graduado Twis, con dos brigadas, una mandada por el General Smith y otra por el coronel graduado Rieley.

La tercera, General Pilow, con dos brigadas, la del General graduado Pierce y la de igual clase Cadwalader.

La cuarta de voluntarios al mando del General Quitman, de una sola brigada que mandaba el General graduado Shields.

Formaban la fuerza:

12 Batallones de Infantería.

6 " " Artillería.

1 Batallón de Zapadores y Mineros.

1 Regimiento de Rifleros.

1 " " Caballería ligera.

3 Regimientos de Dragones.

4 " " Voluntarios de Nueva

York, Carolina del Sur y Pensilvania.

1 Cuerpo de Marinos.

No logrando Scott calmar el ardor del pueblo, ordenó que fuesen voladas las manzanas de cuyas casas se hacía fuego á sus soldados. Si tal disposición fué dictada como una simple amenaza ó no se llevó á efecto, según se dijo, por falta de pólvora, cuyo depósito se hallaba en Chapultepec, el hecho fué que la ciudad no tuvo que lamentar tan gran desdicha.

De los combates, los más terribles fueron los del día 15, tanto que un oficial americano, de buen criterio, decía á sus prisioneros: "Bien celebran los mexicanos el aniversario de su independencia."

Una proclama del Ayuntamiento de México fijada en las esquinas excitaba al pueblo para que abandonase su actitud belicosa, manifestándole que ningún socorro podía esperar de las fuerzas que mandaba Santa-Anna y que la misma corporación se hallaba en la imposibilidad de procurar el cumplimiento de las proposiciones que había estipulado con el vencedor, mientras no estuviesen calmados los ánimos. La proclama produjo el resultado que se deseaba pues el 16 de Septiembre cesó la hos-